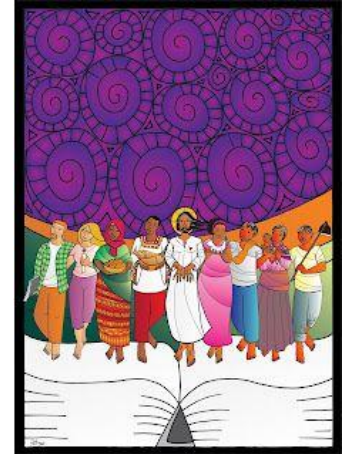


Domingo 11 del Tiempo ordinario Ciclo A (Mt. 9, 36-10, 8) - 14-06-2026

Este domingo la liturgia retoma el llamado tiempo ordinario. Al terminar el tiempo pascual con el don de Pentecostés, volvemos nada más y nada menos que a leer nuestra vida a la luz de toda la vida pública de Jesús donde encontramos el para qué vivió y el por qué lo mataron. Un tiempo que no tiene nada de ordinario para nosotros, -si por ello entendemos de menor valor-, ya que nos ofrece la oportunidad de buscar vivir desde el modo de ser y de amar de Jesús, lo cotidiano de nuestra familia, nuestro trabajo, nuestra sociedad, nuestro mundo, con la ayuda de su Espíritu.



El evangelio de hoy nos muestra **el dónde** y **el cómo** Jesús vive lo cotidiano: el dónde es en medio de la muchedumbre herida y desorientada, hambrienta de pan y dignidad. El cómo, es la compasión que pone de pie. Este lugar y este modo de estar en la vida de Jesús de Nazaret, es una constante en su vida pública que no podemos pasar de largo como si fuera ocasional. Desde el bautismo en el Jordán, donde se experimenta hijo amado del Padre, uno más en la fila de su pueblo que busca conversión (Mc 1, 4-11), los evangelios lo presentan en medio de la multitud (Mc. 1, 32; Mc. 8, 1-3; Lc. 5, 1-3), compadecido de sus sufrimientos, dedicado a sanar y liberar desde la cercanía de sus gestos y palabras.

También el texto nos ofrece otra pista que está al inicio y al final de las palabras que Jesús dirige a los Doce, y que le da el tono a todo lo demás, al dónde y al cómo: es **la gratuidad**. No van como los grandes protagonistas a implantar algo que no existe, sino como trabajadores en una cosecha abundante que ya está allí. Por eso es necesario *dar gratis lo que gratis recibieron*. La vida abundante que Dios nos regala desde siempre y que es para toda la creación está ya ofrecida, pero pide nuestra complicidad y colaboración: para abrir resquicios y ventanas por donde asome con fuerza, donde sea posible una convivencia más empática, una escucha más atenta, una decisión terca y siempre renovada de no dejar a nadie fuera. La gratuidad del don interpela cualquier pretensión de superioridad de unos sobre otros, cualquier proclama de merecimiento de un regalo que es para todas y todos.

En tiempos de tanta incertidumbre como vivimos, de temores, de preguntarnos qué es verdad y qué no, de experimentar la tentación de evadirnos en espiritualidades poco encarnadas, el evangelio de hoy nos ofrece señales para orientarnos en el camino, pistas para discernir el rumbo, desde el modo de ser y vivir de Jesús:

- la primera es situarnos desde dentro de esta realidad que nos toca vivir y en ella, desde el lugar de quienes la pasan peor, desde quienes quedan invisibilizados por los grandes eventos mundiales, desde quienes luchan día a día por vivir, por enviar a la escuela a sus hijos, por ganar el pan del día...;
- la segunda, es vibrar desde la compasión que ve y se compromete, empecinada en no pasar de largo;
- la tercera, es dejarnos empapar por la dinámica del don, de la gratuidad que nos ubica codo a codo como colaboradores, todos hermanos, todos humanos.

Que podamos ayudarnos unas y unos a otros a caminar lo cotidiano al modo de Jesús.

Carina Furlotti